
La mujer rota
La edad de la discreción
Monólogo

Simone de Beauvoir



La mujer rota reúne tres relatos o novelas breves en los que Simone de Beauvoir expone de una manera directa y sin artificios una temática genuinamente femenina y feminista. Se trata de tres relatos muy distintos entre sí, protagonizados por tres mujeres también muy diferentes, pero que, al fin y al cabo, ejemplifican un mismo conflicto: la anulación de la personalidad mediante relaciones amorosas absorbentes, que acaban por convertirse en una trampa de la que será muy difícil escapar. Frente a ello, Simone de Beauvoir aboga por la participación activa de la mujer en la sociedad como único modo posible de alcanzar la libertad.

Junto al acertado empleo de las técnicas del monólogo interior y la habilidad de la autora para reflejar la interioridad de los personajes mediante sus acciones. *La mujer rota* destaca en la obra de Simone de Beauvoir por la aparente simplicidad de la prosa y por la densidad de significados que encierra.

LA EDAD DE LA DISCRECIÓN

¿Mi reloj está parado? No. Pero las agujas no dan la sensación de girar. No mirarlas. Pensar en otra cosa, en cualquier cosa: en este día detrás de mí, tranquilo y cotidiano, a pesar de la agitación de la espera.

Enternecimiento al despertar. André estaba acurrucado en la cama, los ojos cubiertos con una venda, la mano apoyada en la pared, con gesto infantil, como si en la confusión del sueño hubiera necesitado experimentar la solidez del mundo. Me he sentado al borde de la cama, he apoyado la mano sobre su hombro. Se ha arrancado la venda, una sonrisa se ha dibujado sobre su rostro atolondrado.

—Son las ocho.

He instalado en la biblioteca la bandeja del desayuno; he tomado un libro recibido la víspera y ya a medias hojeado. ¡Qué fastidio todas esas cantinelas sobre la incomunicación! Si uno quiere comunicarse, generalmente se logra. No con todo el mundo, ciertamente, pero sí con dos o tres personas. A veces oculto a André caprichos, nostalgias, inquietudes menores; sin duda él también tiene sus pequeños secretos, pero a grandes rasgos no ignoramos nada el uno del otro. He servido en las tazas, té de China muy caliente, muy cargado. Lo hemos bebido revisando nuestro correo; el sol de julio entraba a raudales en el cuarto. ¿Cuántas veces nos habíamos sentado frente a frente ante esta mesita, delante de las tazas de té muy cargado, muy caliente? Y otra vez mañana, dentro de un año, dentro de diez años... Ese instante tenía la dulzura de un recuerdo y la alegría de una promesa. ¿Teníamos treinta años, o sesenta? Los cabellos de André se han encanecido tempranamente: en otra época, esa nieve que realzaba la frescura mate de su piel

parecía una coquetería. Sigue siendo una coquetería. La piel se ha endurecido y agrietado, viejo cuero, pero la sonrisa de la boca y de los ojos ha conservado la luz. A pesar de los desmentidos del álbum de fotografías, su imagen juvenil concuerda con su rostro de hoy: mi mirada no le conoce edad. Una larga vida con risas, lágrimas, cóleras, abrazos, confesiones, silencios, impulsos, y a veces parece que el tiempo no hubiera pasado. El porvenir todavía se extiende hasta el infinito. Se ha levantado:

—Buena suerte con el trabajo —me ha dicho.

—Tú también: buen trabajo.

No ha contestado. En esa clase de búsqueda, forzosamente hay períodos en los cuales no se adelanta; uno se resigna a eso con menos facilidad que antes.

He abierto la ventana. París olía a asfalto y a tormenta, abrumado por el pesado calor del verano. He seguido a André con la mirada. Es quizá durante esos instantes, cuando lo veo alejarse, cuando él para mí existe con la más trastornadora evidencia; la alta silueta se empequeñece, dibujando a cada paso el camino de su regreso; desaparece, la calle parece vacía pero en realidad se trata de un campo de fuerzas que lo conducirá otra vez hacia mí como a su sitio natural; esta certidumbre me conmueve aún más que su presencia.

Me he quedado un largo rato en el balcón. Desde mi sexto piso descubro un gran pedazo de París, el vuelo de las palomas por encima de los techos de pizarra y esas falsas macetas que son chimeneas. Rojas o amarillas, las grúas (cinco, nueve, diez, cuento diez) obstruyen el cielo con sus brazos de hierro; a la derecha, mi mirada tropieza con una alta muralla perforada por pequeños agujeros: un inmueble nuevo; descubro también torres prismáticas, rascacielos recientemente edificados. ¿Desde cuándo el terraplén del bulevar Edgar-Quinet se transformó en un p arking? La frescura de ese paisaje me salta a la vista, y sin embargo, no me acuerdo de haberlo visto distinto. Me gustaría contem-

plar uno al lado de otro los dos grabados: antes, después, y asombrarme de sus diferencias. Pero no. El mundo se crea bajo mis ojos en un eterno presente; me habitúo tan rápidamente a sus rostros que no advierto que cambian.

Sobre mi mesa, los ficheros, el papel blanco me invitaban a trabajar; pero las palabras que bailaban en mi cabeza me impedían concentrarme. «Philippe estará aquí esta noche.» Casi un mes de ausencia. He entrado en su habitación, donde todavía había libros, papeles, un viejo pulóver gris, un pijama violeta, este dormitorio que no me decido a transformar porque no tengo tiempo ni dinero, porque no quiero creer que Philippe haya dejado de pertenecerme. He vuelto a la biblioteca impregnada por un gran ramo de rosas frescas e inocentes como lechugas. Me sentía sorprendida de que este apartamento jamás me hubiera parecido desierto. Nada faltaba. Miraba cariñosamente los colores ácidos y tiernos de los cojines diseminados sobre los divanes; las muñecas polacas, los bandoleros eslovacos, los gallos portugueses ocupaban modosamente sus sitios. «Philippe estará aquí...» Me he quedado desamparada. La tristeza puede llorarse. Pero la impaciencia de la alegría no es fácil de conjurar.

He decidido salir a respirar el olor del verano. Un negro alto, vestido con un impermeable azul eléctrico y cubierto con un gorro gris, barría indolentemente la acera: antes, era un argelino color gris oscuro. En el bulevar Edgar-Quinet me he unido al bullicio de las mujeres. Como ya casi no salgo por la mañana, el mercado me parecía exótico (tantos mercados por la mañana, bajo tantos cielos). Una viejecita renqueaba de una carnicería a otra con sus mechones tirados hacia atrás, apretando el asa de su bolsa vacía. En otros tiempos no me inquietaba por los ancianos; los tomaba por muertos cuyas piernas aún caminan; ahora los veo: hombres, mujeres, apenas un poco más viejos que yo. A ésta ya la había observado el día en que había pedido sobras para sus gatos al carnicero. «¡Para sus gatos! —dijo

cuando ella salió—. No tiene gato. ¡Va a cocinarse uno de esos guisotes!» Al carnicero le parecía divertido. Luego recogería los desperdicios bajo las tablas de la carne antes de que el enorme negro hubiera barrido todo a la alcantarilla. Sobrevivir con ciento ochenta francos por mes: hay más de un millón en ese mismo caso; y otros tres millones apenas menos necesitados.

He comprado frutas, flores, he callejeado. Jubilarse, suena un poco como ser tirado al canasto; la palabra me helaba. La extensión de mis ocios me horrorizaba. Estaba equivocada. El tiempo me queda un poco holgado de hombros, pero me las arreglo. ¡Y qué placer vivir sin consigna, sin apremio! En ocasiones, a pesar de todo, el estupor me gana. Me acuerdo de mi primer puesto, mi primera clase, las hojas muertas que crujían bajo mis pies en el otoño provinciano. Entonces el día de la jubilación —que un lapso dos veces tan largo, o casi, como mi vida anterior separaba de mí— me parecía irreal como la muerte misma. Y he aquí que hace un año que ha llegado. He cruzado otras líneas, pero más imprecisas. Ésta tiene la rigidez de una trampa de hierro.

He regresado, me he sentado a mi mesa: sin trabajo, hasta esta alegre mañana me hubiera parecido insulsa. Hacía la una hice un alto para poner la mesa en la cocina: totalmente igual a la cocina de la abuela, en Milly —quisiera volver a ver Milly— con su mesa de granja, los bancos, los cobres, el techo con las vigas al descubierto; sólo que hay un horno de gas en lugar de una cocina de hierro fundido, y un frigorífico. (¿En qué año aparecieron en Francia los frigoríficos? Compré el mío hace diez años, pero ya era un artículo corriente. ¿Desde cuándo? ¿Antes de la guerra? ¿Inmediatamente después? De nuevo una de esas cosas de las que ya no me acuerdo.)

André ha llegado tarde, me había avisado: al salir del laboratorio había tomado parte en una reunión sobre la fuerza disuasiva. He preguntado:

—¿Ha estado bien?

—Hemos estado redactando un nuevo manifiesto. Pero no me hago ilusiones. No tendrá más eco que los otros. A los franceses les importa un pito. La fuerza disuasiva, la bomba atómica en general, todo. A veces tengo ganas de salir volando a otra parte: a Cuba, a Malí. No, seriamente, sueño con ello. Allá uno quizá pueda ser útil.

—No podrías trabajar más.

—No sería una gran desgracia.

He dejado sobre la mesa la ensalada, el jamón, el queso, la fruta.

—¿Tan descorazonado estás? No es la primera vez que no dan en el clavo.

—No.

—... ¿Entonces?

—No quieres comprender.

Me repite a menudo que ahora todas las ideas nuevas vienen de sus colaboradores, que está demasiado viejo para inventar: no lo creo.

—¡Ah!, veo lo que piensas —dije—. No lo creo.

—Estás equivocada. Tuve mi última idea hace quince años.

Quince años. Ninguno de los períodos de depresión que ha atravesado ha durado tanto tiempo. Pero en el punto al que ha llegado, sin duda, tiene necesidad de esta pausa para reencontrar una inspiración nueva. Pienso en los versos de Valéry:

Cada átomo de silencio
es la posibilidad de un fruto maduro.

De esta lenta gestación van a nacer frutos inesperados. Esta aventura de la cual he participado apasionadamente no ha terminado: la duda, el fracaso, el tedio de los estancamientos, luego una luz entrevista, una esperanza, una hipó-

tesis confirmada; después de semanas y meses de paciencia ansiosa, la embriaguez del éxito. No comprendía gran cosa de los trabajos de André, pero mi confianza testaruda fortificaba la suya. Permanece intacta. ¿Por qué ya no puedo comunicársela? Me niego a creer que nunca más verá brillar en sus ojos la alegría febril del descubrimiento.

Dije:

—Nada prueba que no tengas un segundo empuje.

—No. A mi edad uno tiene hábitos mentales que frenan la invención. Y de año en año me vuelvo más ignorante.

—Volveremos a hablar dentro de diez años. Harás tal vez tu más grande descubrimiento a los setenta años.

—Siempre tu optimismo: te garantizo que no.

—¡Siempre tu pesimismo!

Nos hemos reído. Sin embargo, no hay de qué reír. El derrotismo de André es infundado, por una vez carece de rigor. Sí, Freud escribió en sus cartas que a una cierta edad no se inventa nada más y que es desolador. Pero él era entonces mucho más viejo que André. No importa: injustificada, esta morosidad no me entristece menos. Si André se abandona a ella significa que de una manera general está en crisis. Me sorprende, pero el hecho es que no se resigna a haber sobrepasado los sesenta años. A mí, miles de cosas me divierten todavía; a él, no. Antiguamente se interesaba por todo; ahora es toda una historia arrastrarlo a ver una película, a una exposición, a casa de amigos.

—Qué lástima que ya no te guste pasear —he dicho—. ¡Los días son tan hermosos! Hace un momento pensaba que me hubiera gustado volver a Milly y al bosque de Fontainebleau.

—Eres sorprendente —me ha respondido con una sonrisa—. ¡Conoces toda Europa y querías volver a ver los alrededores de París!

—¿Por qué no?, la colegiata de Champeaux no es menos hermosa porque yo haya subido a la Acrópolis.

—Bueno, cuando el laboratorio cierre, dentro de cuatro o cinco días, te prometo un gran paseo en coche.

Tendríamos tiempo para hacer más de uno, puesto que nos quedamos en París hasta principios de agosto. ¿Pero tendrá ganas? Le he preguntado:

—Mañana es domingo. ¿No estás libre?

—¡No, por desgracia! Ya sabes, por la noche hay esa conferencia de prensa sobre el *apartheid*. Me han traído una cantidad de documentos que todavía no he mirado.

Prisioneros políticos españoles, detenidos portugueses, iraníes perseguidos, rebeldes congoleños, cameruneses, guerrilleros venezolanos, peruanos, colombianos, siempre está dispuesto a ayudarlos en la medida de sus fuerzas. Reuniones, manifiestos, mítines, octavillas, delegaciones, nada le desanima.

—Trabajas demasiado.

—¿Por qué demasiado? ¿Qué otra cosa hacer?

¿Qué hacer cuando el mundo se ha descolorido? No queda más que matar el tiempo. Yo también atravesé un mal período, hace diez años. Estaba asqueada de mi cuerpo, Philippe se había vuelto un adulto, después del éxito de mi libro sobre Rousseau me sentía vacía. Envejecer me angustiaba. Y después emprendí un estudio sobre Montesquieu, logré que Philippe se diplomara, hacerle comenzar una tesis. Me confiaron unas clases en la Sorbona que me interesaron aún más que el liceo. Me resigné a mi cuerpo. Me pareció resucitar. Y actualmente, si André no tuviera una conciencia tan aguda de su edad, olvidaría fácilmente la mía.

Ha vuelto a salir y me he quedado todavía un largo rato en el balcón. He mirado girar sobre el fondo azul del cielo una grúa color minio. He seguido con la mirada a un insecto negro que trazaba en el azul un ancho surco espumoso y helado. La perpetua juventud del mundo me corta el aliento. Cosas que amaba han desaparecido. Muchas otras me han sido dadas. Ayer al anochecer, subía por el bulevar Ras-

pail y el cielo era carmesí; me parecía caminar sobre un planeta extraño donde la hierba habría sido violeta, la tierra azul: los árboles escondían el parpadeo rojizo de un cartel de neón. Andersen se maravillaba, a los sesenta años, de atravesar Suecia en menos de veinticuatro horas mientras que en su juventud el viaje duraba una semana. He conocido semejantes deslumbramientos: ¡Moscú a tres horas y media de París!

Un taxi me ha conducido al parque Montsouris, donde tenía cita con Martine. Al entrar en el jardín el olor de la hierba cortada me ha llegado al corazón: olor a los pastos de alta montaña por donde caminaba, mochila a la espalda con André, tan conmovedor por tratarse del olor de las praderas de mi infancia. Reflejos, ecos, repitiéndose hasta el infinito: he descubierto la dulzura de tener tras de mí un largo pasado. No tengo tiempo de narrármelo, pero a menudo fortuitamente lo percibo como transparente en el fondo del momento presente; le da su color, su luz, como las rocas o las arenas se reflejan en el tornasolado mar. Otras veces me ilusionaba con proyectos, promesas; ahora la sombra de los días idos amortiguaba mis emociones, mis placeres.

En la terraza del café-restaurant, Martine bebía un zumo de limón. Espesos cabellos negros, ojos azules, un vestido corto con franjas anaranjadas y amarillas, tirando un poco a violeta: una hermosa y joven mujer. Cuarenta años. A los treinta años yo había sonreído, cuando el padre de André había tratado de «hermosa y joven» a una cuarentona; y las mismas palabras me venían a los labios a propósito de Martine. Actualmente, casi todo el mundo me parece joven. Me ha sonreído:

—¿Me ha traído su libro?

—Por supuesto.

Ha mirado la dedicatoria:

—Gracias —me ha dicho con voz emocionada, y ha agregado—: Tengo mucha impaciencia por leerlo. Pero es-

te final de curso está muy cargado. Tendré que esperar al catorce de julio.

—Me gustaría conocer su opinión.

Tengo gran confianza en su juicio: es decir, que estamos casi siempre de acuerdo. Me sentiría en un plano de mayor igualdad con ella si no conservara aún hacia mí esa vieja deferencia entre alumna y profesora, si bien ella ya lo es, además de estar casada y ser madre de familia.

—Es difícil hoy día enseñar literatura. Sin sus libros, no sabría verdaderamente cómo arreglármelas. —Me ha preguntado tímidamente—: ¿Está contenta con éste?

Una pregunta permanecía en sus ojos sin que osara formularla. He tomado la iniciativa. Sus silencios me animan a hablar más que muchas preguntas atolondradas.

—Usted sabe lo que he querido hacer: a partir de una reflexión sobre las obras críticas publicadas desde la guerra, proponer un nuevo método que permita penetrar en la obra de un autor de una manera más exacta de lo que hasta ahora se ha hecho. Espero haberlo logrado.

Era más que una esperanza: una convicción. Me llenaba de sol el corazón. Qué hermoso día, y me gustaban esos árboles, ese césped, estas alamedas donde tan a menudo me había paseado con mis camaradas, con amigos. Algunos han muerto o bien nuestras vidas se han alejado. Por suerte, al contrario de André, que ya no ve a nadie, he seguido unida a algunos alumnos y a colegas jóvenes; los prefiero a las mujeres de mi edad. Su curiosidad vivifica la mía, y me arrastran tras de su porvenir, más allá de mi tumba.

Martine ha acariciado el volumen con la palma de la mano.

—A pesar de todo, voy a echarle un vistazo esta misma noche. ¿Lo ha leído alguien?

—Sólo André. Pero la literatura no le apasiona.

Ya nada le apasiona. Y es tan derrotista conmigo como con él mismo. Sin decírmelo, en el fondo está convencido

de que todo cuanto yo haga en adelante no añadirá nada a mi reputación. No me perturba porque sé que se equivoca. Acabo de escribir mi mejor libro y el segundo tomo irá todavía más lejos.

—¿Su hijo?

—Le envié un paquete de pruebas. Me hablará de ello: regresa esta noche.

Hemos hablado de Philippe, de su tesis, de literatura. Como yo, ella ama las palabras y las personas que saben servirse de ellas. Lo que pasa es que se deja devorar por su profesión y su hogar. Me ha acompañado hasta casa en su pequeño Austin.

—¿Vuelve pronto a París?

—No creo. De Nancy iré directamente a descansar a Yonne.

—¿Trabjará algo durante las vacaciones?

—Me gustaría mucho. Pero siempre estoy corta de tiempo. No tengo su energía.

No es una cuestión de energía, me dije al dejarla: no podría vivir sin escribir. ¿Por qué? ¿Y por qué me he encarnizado en hacer de Philippe un intelectual, cuando André lo hubiera dejado lanzarse a otros caminos? Niña, adolescente, los libros me salvaron de la desesperación; eso me ha persuadido de que la cultura es el más alto de los valores, y no logro considerar esta convicción con mirada crítica.

En la cocina, Marie-Jeanne se atareaba en preparar la cena: en el menú, los platos preferidos de Philippe. He verificado que todo fuera bien, he leído los diarios y resuelto unos difíciles crucigramas que me han retenido tres cuartos de hora; a veces me divierte quedarme largo rato inclinada sobre un casillero donde las palabras están virtualmente presentes, aunque invisibles; para hacerlas aparecer, empleo mi cerebro como un revelador; me parece arrancarlas de la espesura del papel, donde se habrían escondido.

Rellena la última casilla, he elegido en mi guardarropa mi vestido más bonito, de seda gris y rosa. A los cincuenta

años mis vestidos me parecían siempre demasiado tristes o demasiado alegres; ahora sé lo que me está permitido o prohibido, me visto sin problemas. Sin placer también. Esa relación íntima, casi tierna, que antes tenía con mi ropa ha desaparecido. Sin embargo, he contemplado con satisfacción mi silueta. Fue Philippe quien un día me dijo: «Vaya, estás engordando». (Casi no parece haber notado que he recuperado la línea.) Me sometí a un régimen, compré una balanza. Antes no me imaginaba que me inquietaría alguna vez por mi peso. ¡Y aquí estoy! Cuanto menos me reconozco en mi cuerpo, más obligada me siento a ocuparme de él. Está a mi cargo y lo cuido con una dedicación aburrida, como a un viejo amigo poco favorecido, algo disminuido, que tuviera necesidad de mí.

André ha traído una botella de Mumm que he puesto a enfriar, hemos charlado un poco y llamado por teléfono a su madre. Lo hace a menudo. Ella está más sana que una manzana; aún milita enérgicamente en las filas del PC; pero, con todo, tiene ochenta y cuatro años, vive sola en su casa de Villeneuve-lés-Avignon: él se inquieta un poco por ella. Reía en el teléfono, yo les escuchaba lanzar exclamaciones, protestar, pero pronto se callaba: Manette es voluble cada vez que se le presenta la ocasión.

—¿Qué ha dicho?

—Está cada vez más convencida de que de un día a otro cincuenta millones de chinos van a franquear la frontera rusa. O si no, arrojarán una bomba en cualquier parte por el placer de hacer estallar una guerra mundial. Me acusa de tomar partido por ellos: imposible convencerla de que no.

—¿Está bien? ¿No se aburre?

—Estará encantada de vernos; en cuanto al aburrimiento, ignora lo que es.

Maestra, tres hijos, la jubilación ha sido una felicidad que todavía no ha agotado. Hablamos de ella y de los chinos, sobre quienes estamos tan mal informados como todo

el mundo. André ha abierto una revista. Y aquí estoy, mirando mi reloj cuyas agujas no dan la sensación de girar.

Ha aparecido de pronto; cada vez me sorprende encontrar en su rostro, armoniosamente fundidos, los rasgos disímiles de mi madre y de André. Me ha abrazado muy fuerte diciendo palabras joviales y me he abandonado a la ternura de la chaqueta de franela contra mi mejilla. Me he separado de él para abrazar a Irène; ella me sonreía con una sonrisa tan helada que me ha sorprendido sentir bajo mis labios una mejilla dulce y cálida. Irène. La olvido siempre; está siempre allí. Rubia, ojos gris-azul, boca suave, mentón agudo, y en su frente demasiado amplia algo al mismo tiempo vago y obstinado. La he borrado rápidamente. Estaba sola con Philippe, como en aquel tiempo cuando le despertaba cada mañana con una caricia sobre la frente.

—¿Ni siquiera una gota de whisky? —ha preguntado André.

—Gracias. Tomaré un zumo de fruta. —¿Qué razonable es! Vestida, peinada con una razonable elegancia, el cabello liso, un mechón que oculta su gran frente, maquillaje ingenuo, trajecito austero. Me sucede a menudo, cuando hojeo una revista femenina, decirme: «¡Vaya! Es Irène». Al verla también me ocurre reconocerla con dificultad. «Es mona», afirma André. Ciertos días estoy de acuerdo: delicadeza de las orejas y de las fosas nasales, la ternura nacarada de la piel que subraya el azul oscuro de las pestañas. Pero si mueve un poco la cabeza, el rostro huye, no se percibe más que esa boca, ese mentón. Irène. ¿Por qué? ¿Por qué Philippe siempre se ha relacionado con esa clase de mujeres, elegantes, distantes, esnobs?

Sin duda, para probarse a sí mismo que era capaz de seducirlas. No se ataba a ellas. Yo pensaba que si se atara... Pensaba que no se ataría, y una noche me dijo: «Voy a anunciarte una gran noticia», con el aspecto algo sobreexcitado de un niño que en un día de fiesta ha jugado demasiado, reído demasiado, gritado demasiado. Hubo ese gol-